

EL REGIMIENTO DE INFANTERÍA ARAGÓN Nº 17 EN LA DEFENSA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Gabriel RODRÍGUEZ PÉREZ
Coronel de Infantería, DEM

EN LA DEFENSA DE CARTAGENA DE INDIAS

LA historia americana del actual Regimiento de Infantería Mecanizada Aragón nº 17 se inicia el 17 de julio de 1740, fecha en que su Batallón II embarca en El Ferrol, en los navíos de la escuadra de don Rodrigo de Torres, con destino a Cartagena de Indias, al mando del teniente coronel don Pedro Casellas, con trescientas treinta y nueve plazas.

En la misma escuadra y con el mismo destino, embarcaron también el Batallón II del Regimiento España y el II del Granada, ambos con efectivos reducidos.

Para comprender este traslado de fuerzas y sus condiciones hay que retroceder al año anterior, pues en la fecha del embarque hacía nueve meses que existía estado de guerra con Inglaterra, desde que la declarara el Gabinete de Walpole, el 19 de octubre de su calendario que era el 23 del nuestro. Fue la guerra llamada del *Asiento* en España y de la *oreja de Jenkins* en Inglaterra, que poco más de un año después vino a complicarse, en Europa, con la de Sucesión de Austria o de la Pragmática, por lo que podríamos decir que fue una verdadera guerra mundial con cuatro nombres.

Y la realidad, en 1739, era que ni España ni Inglaterra tenían interés por la guerra. En Inglaterra, el primer ministro Walpole quería la neutralidad y aumentar el poder naval y económico de Gran Bretaña. En España, Patiño estaba llevando a cabo un acelerado proceso de desarrollo económico y creación de un sistema administrativo moderno

y de una potente Marina, cada vez más necesaria para la defensa de las comunicaciones y el comercio con América, frente a la amenaza del poderío naval inglés. Ni la Corte española ni la inglesa querían la guerra, pero sí la querían sus pueblos.

Desde el tratado de Utrecht, en España fue continuo el sentimiento de agravio frente a Inglaterra, por su ocupación de Gibraltar, y en la América española se sentían muy directamente los agravios de las condiciones comerciales concedidas a los ingleses, en dicho tratado, con el *navío del Asiento*, es decir, la autorización para que un navío inglés acudiese todos los años a la famosa feria de Portobelo, y la autorización para introducir esclavos negros en los territorios españoles del Mar Caribe.

Las leyes españolas estaban aún ancladas en la situación de prohibir la reducción a la esclavitud pero no prohibir la compra de los que ya fuesen esclavos. Ello daba una ventaja a la actuación de los negros ingleses, que pretendían aumentar su incuo comercio, y de la compañía inglesa concesionaria del *navío del Asiento*, que lo aprovechaba para el contrabando. La vigilancia de los guardacostas españoles y la actuación de piratas y contrabandistas ingleses, aunque también los había de otras nacionalidades, dio lugar a que los choques en el Caribe fueran continuos y ocasionaran momentos de crisis, con riesgo de la paz, aun cuando en ésta estuvieran interesadas las respectivas Cortes.

Uno de los más sonados incidentes fue el que, en 1731, tuvo por protagonista al capitán Jenkins, un ejemplar residual de la piratería del siglo anterior, que había actuado como corsario y, con la paz, se había reconvertido en contrabandista, siendo apresado por los españoles, que tenían muchos agravios que vengar, no fue ahorcado, como pirata, pero sí castigado duramente y puesto en libertad después de cortarle una oreja, para que volviera a Inglaterra y mostrara el destino reservado a los que hicieran lo mismo. Jenkins embalsamó y guardó su oreja, que iba a influir, en 1739, en la declaración de guerra.

En España se deseaba, ante todo, la recuperación de Gibraltar y Menorca. En Inglaterra, los medios financieros habían resucitado el *Western Design*, es decir la idea de Cromwell de apoderarse de un territorio de América española que tuviera acceso al Pacífico y permitiera el establecimiento de una gran colonia inglesa que cortara en dos la continuidad de los territorios americanos españoles. Esta idea dominaba en el Parlamento, a una de cuyas sesiones fue llamado Jenkins a hacer un relato de sus aventuras y mostrar su oreja, como prueba de la dura represión española contra los ingleses que se atrevían a infrin-

gir sus leyes en el Caribe. El resultado fue una gran victoria parlamentaria de los partidarios de la guerra. Y así fue como el rey Jorge II y su primer ministro Walpole declararon la guerra a España, el 19 de octubre de 1739. Por primera vez se declaraba una guerra por motivos provenientes de América.

En ese mismo año, cuando los incidentes en el Caribe y el ambiente en Londres hacían previsible la guerra, se restableció el virreinato de Nueva Granada, que ya había tenido una efímera existencia veinte años antes. La razón fundamental para esta reorganización era la defensiva, pues las informaciones recibidas de Londres hacían prever un ataque cuyos objetivos podrían ser Cartagena de Indias, Portobelo y Panamá, cuya defensa se podría planear, coordinar y apoyar desde Santa Fe de Bogotá pero no desde Lima. Fue nombrado virrey el teniente general don Sebastián de Eslava, a quien se ordenó el embarque y toma de posesión con urgencia, llevando consigo un refuerzo de seiscientos hombres procedentes de los regimientos Lisboa, Navarra y Toledo, mil fusiles y un notable cargamento de municiones y pólvora.

Desde la sesión del Parlamento en que compareció Jenkins con su oreja, estaba claro que, más pronto o más tarde, estallaría la guerra y, si ello se demoró hasta el año siguiente fue por la falta de interés en ello de Walpole. De todas formas, desde dos meses antes de la declaración de la guerra, hubo pequeñas incursiones inglesas contra las costas de Cuba que fueron rechazadas, e incluso se tomaron prisioneros, que declararon pertenecer a una flotilla de seis navíos que había partido de Jamaica para hostilizar dichas costas.

Poco después de que Jenkins compareciera ante la Cámara de los Comunes, el almirante sir Edward Vernon, miembro del Parlamento, dijo en una sesión que con seis navíos se comprometía a tomar Portobelo. Esta era la ciudad del Caribe español que más sonaba en Londres, por su feria anual, a la que iba el *navío del Asiento*, por ser el punto de salida para España de la plata y otros productos del Perú, y ser base de los odiados guardacostas españoles.

Vernon había zarpado de Portsmouth antes de la declaración de la guerra y, poco después de ésta, estaba ya en ruta hacia su objetivo. A mediados de noviembre su flotilla de seis navíos estaba frente a La Guayra donde intentó apresar unos mercantes siendo rechazado, y continuó navegando hacia su verdadero objetivo, que era Portobelo. Todas las acciones anteriores habían tenido una finalidad de diversión o de información.

A finales de mes ya se encontraba Vernon frente a Portobelo que, pese a su importancia económica, era un punto ligeramente fortificado

sin la capacidad defensiva de otros puertos del Caribe. El 2 de diciembre pudo ocuparlo fácilmente después de una preparación artillera con los cañones de sus seis navíos habiendo cumplido lo que un año antes había prometido en el Parlamento. Después destruyó las fortificaciones y se retiró a Jamaica. Ello produjo un extraordinario entusiasmo en toda Inglaterra, se acuñaron medallas con la efigie de Vernon y el nombre de Portobelo entró en el callejero londinense.

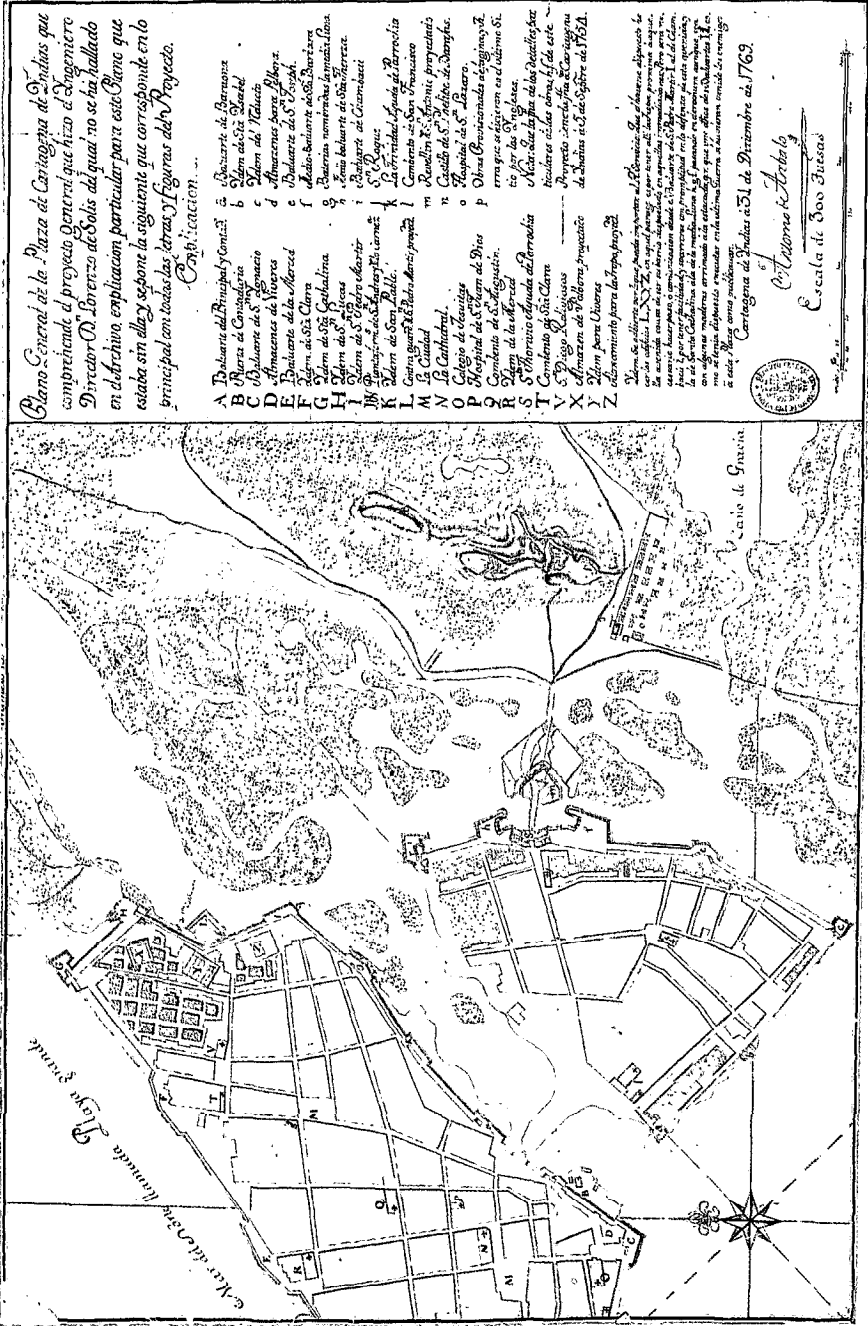
En los medios económicos y financieros ingleses renació la idea del *Western Design* y presionaron para que se llevara a cabo. Ello exigía la toma de Cartagena de Indias, y el 13 de marzo de 1740, el almirante Vernon, con catorce navíos y dos bombardas llevó a cabo durante una semana una operación de reconocimiento sobre dicha plaza, en la que se limitó a cañonear los fuertes exteriores, cuyos fuegos le ocasionaron daños, por lo que se retiró el 21. De allí pasó a Chagre, la tomó y destruyó su castillo de San Lorenzo el Real, uno de los eslabones de la cadena de fortificaciones del Caribe español.

Tras un descanso en Jamaica, Vernon volvió frente a Cartagena, en cuyas aguas se encontraba el 3 de mayo con trece navíos y una bombardas. Ese día empezó el bombardeo de los fuertes exteriores de la plaza, pero el general de la armada don Blas de Lezo, que mandaba la demarcación naval, situó los seis navíos de que disponía al amparo de dichos fuertes y sus fuegos cruzados produjeron daños a los buques de Vernon, que tuvo que retirarse de nuevo a Jamaica. Habían disparado ciento cincuenta y seis bombas, la mayoría forradas con lona y mezcla incendiaria.

El 21 de abril había llegado a Cartagena el virrey Eslava, que había tenido que detenerse en Puerto Rico (la duración normal de un viaje entre El Ferrol y Cartagena de Indias era de unos cuarenta y cinco días, sesenta y cinco a la vuelta por las corrientes), pero, en tiempo de guerra, había que adaptarse al sistema de flotas, con las consabidas escalas obligadas, según las necesidades de los territorios incluidos en el trayecto.

El virrey, al tomar posesión de su nuevo cargo, dio prioridad absoluta sobre todas las obligaciones del mismo a la defensa de Cartagena contra el previsible nuevo ataque inglés que indudablemente sería mucho más fuerte que los anteriores. Por ello, se estableció en dicha plaza, en vez de hacerlo en la capital del nuevo virreinato.

El primer informe que envió el virrey demuestra la carencia de medios existente. Eslava evaluaba las necesidades defensivas de la plaza en cien cañones de bronce, de los que sólo existían treinta y nueve y poco más de cincuenta de hierro, que ya estaban para darse



Plano General de la Plaza de Carriegenya de Indias que
combinacion el proyecto de un plano que hizo el Sr. Ingeniero
Director D. Lorenzo de Solís del qual no se ha hallado
en dicho plano explicacion particular para este Plano que
estaba sin ella y se pone la siguiente que corresponde en lo
principal en todas las letras y figuras de dicho Proyecto.
Explicacion...

- A Plaza de San Juan
- B Plaza de Carriegenya
- C Plaza de San Juan
- D Plaza de San Juan
- E Plaza de San Juan
- F Plaza de San Juan
- G Plaza de San Juan
- H Plaza de San Juan
- I Plaza de San Juan
- J Plaza de San Juan
- K Plaza de San Juan
- L Plaza de San Juan
- M Plaza de San Juan
- N Plaza de San Juan
- O Plaza de San Juan
- P Plaza de San Juan
- Q Plaza de San Juan
- R Plaza de San Juan
- S Plaza de San Juan
- T Plaza de San Juan
- U Plaza de San Juan
- V Plaza de San Juan
- X Plaza de San Juan
- Y Plaza de San Juan
- Z Plaza de San Juan

Cartagena de Indias a 31 de Diciembre de 1769.
Escrito de Don Juan...



de baja. Asimismo pidió el envío de cuatro mil fusiles nuevos para sustituir a los existentes, muy deteriorados por las condiciones de calor, humedad y salinidad, lo que estaba obligando a hacer los servicios diarios con mosquetes de chispa, armas antiguas y poco eficaces pero de gran resistencia. Y, sobre todo, solicitó el envío de más tropas, considerando que los reducidos efectivos de la guarnición no respondían a la importancia de la plaza.

La guerra llegaba por sorpresa en su escenario americano, que ahora se enfrentaba a una amenaza potente, a la que había que prestar tanta atención como a las guerras de Europa, que tantos recursos habían consumido.

Todo ello, junto a las informaciones recibidas de Londres sobre el envío de una nueva escuadra al Caribe, fue lo que decidió el envío de los segundos batallones de los regimientos España, Aragón y Granada en la escuadra de don Rodrigo de Torres, que entró en el puerto de Cartagena ya a finales de año.

La revista pasada a la guarnición la víspera de Navidad de 1740 dio una fuerza presente de quinientos sesenta y cinco hombres en el II Batallón del regimiento Aragón, de ellos sesenta y uno enfermos y cincuenta y dos convalecientes. Era el terrible tributo de fiebres que el malsano clima de Cartagena hacía pagar a las unidades, especialmente a las recién llegadas. Con los batallones II del España, II del Granada y Fijo de Cartagena, mas los voluntarios de la plaza, la fuerza presente sumaba dos mil noventa y dos hombres, de ellos doscientos ochenta y dos enfermos y doscientos cuarenta y nueve convalecientes.

Al hablar de los efectivos del regimiento Aragón en Cartagena de Indias saltan a la vista diferencias que requieren aclaración. De los trescientos treinta y nueve hombres embarcados en El Ferrol a los quinientos sesenta y cinco que constan en la revista pasada en la plaza, poco después de su llegada, hay una diferencia de doscientos veintiséis, que hay que pensar que son asignados al batallón de los seiscientos hombres de infantería que habían hecho la travesía con el virrey, al incorporarse éste. Entre los quinientos sesenta y cinco citados y los cuatrocientos cuarenta y seis que cita el historiador colombiano Porrás Troconis, la diferencia de ciento dieciocho es la correspondiente a los enfermos y convalecientes. También se hecha en falta el Batallón II del Granada, pero éste fue destinado a guarnecer Panamá y otras plazas costeras.

En cuanto a las milicias, naturalmente sin la preparación técnica, moral ni física que tenían las unidades del ejército, podían cumplir con eficacia las misiones de vigilancia y seguridad, apoyo logístico, e

incluso de combate, como acciones de hostigamiento y defensa de determinados puntos, de modo que suponían un notable refuerzo. A la llegada del II del Aragón a Cartagena, las milicias de la plaza sumaban ochocientos setenta y seis hombres, organizados en once compañías. En el conjunto de la provincia ascendían a seis mil ochocientos setenta y tres hombres, organizados en cuarenta compañías, si bien éstas iban a actuar en las cercanías de su lugar de residencia.

El Batallón Fijo estaba muy disminuido de efectivos en la plaza por tener parte de éstos en los destacamentos de Santa María, Río Hacha, Barranquilla, Sabanilla y otros puntos de la costa. Asimismo tenía a su cargo las guardias de la plaza que sumaban ciento cincuenta y cinco hombres, relevándose cada cuarenta y ocho horas en la ciudad y arrabal de Getsemaní, y setenta y uno en los castillos exteriores. Ello aumentaba la importancia del considerable refuerzo que suponían los batallones recién llegados.

En cuanto a la principal defensa, el sistema de fortificaciones, era potente pero no tanto como llegó a serlo unos años después cuando se reconstruyeron las destruidas y se construyeron otras nuevas, que ampliaron dicho sistema defensivo hasta lo que hoy puede verse. Así, a la entrada de la bahía, en el canal de Bocachica, no existía el castillo de San Fernando, construido en 1753, y el de San José no tenía las dimensiones ni la capacidad defensiva que se le dieron después. En la costa exterior de la isla de Tierra Bomba, sólo existían dos pequeños castillos, los de San Felipe y Santiago, con seis y nueve cañones respectivamente.

La defensa de Bocachica se basaba fundamentalmente en el castillo de San Luis, con sesenta y cuatro cañones, pero no había terminado aún el plan de su construcción, por lo que, a la sazón, se encontraban sus baluartes de manera que podían servir de parapeto y contraescarpa a un atacante, además de carecer de camino cubierto, puente y rastrillo. Con las baterías de Punta Abanicos, el Baradero, etc., se sumaban ciento nueve bocas de fuego, a las que se unían los navíos de don Blas de Lezo, el *San Felipe*, el *Africa*, el *San Carlos*, el *Dragón* y el *Conquistador*, con su capitana, la *Galicia*, con un total de doscientas sesenta bocas de fuego, si bien de utilización muy difícil, pues la estrechez del canal de Bocachica no permitía una maniobra eficaz ni el fuego a babor ni a estribor.

En una segunda línea de fortificaciones estaban las murallas de la ciudad y del arrabal de Getsemaní (que tampoco estaban terminadas pues faltaba el potente baluarte de Las Bóvedas), el castillo de Cruz Grande con treinta cañones, el del Manzanillo con cuatro, el fuerte de

Pasacaballos con siete, y sobre todo, el castillo de San Felipe de Barajas, potente fortaleza, aunque aún no tuviera las obras complementarias que se le añadieron años después. En el Pastelillo tampoco existía el fuerte que hoy se ve.

El sistema fortificado, en su conjunto, comprendía los siguientes subsistemas: a) *El de la ciudad*, constituido por las murallas con los baluartes de San Ignacio, San Francisco Javier, Santo Domingo, la Merced, Santa Catalina, San Pablo Mártir, San Pablo, Santiago, Santa Cruz, Santa Clara, San Lucas, San Andrés, el Puente y la Contaduría. b) *El de Getsemaní*, también formado por una muralla con los baluartes de Barahona, Santa Bárbara, Santa Isabel, San José, Santa Teresa, Chambactú y el Reducto. c) *Fuera de las murallas*, el castillo de San Felipe de Barajas, el de la Cruz Grande, el hornabeque de Palo Alto y las baterías de Crespo, Mas y La Avanzada. d) *En Bocagrande*, el castillo de San Matías. e) *En Bocachica*, los castillos de San Luis y San José y las baterías de Punta Abanicos, Santiago, El Angel, Juan Francisco de Regis, San José, San Felipe, Chamba y Santa Bárbara. f) *Sobre la bahía*, el castillo de Santa Cruz y los fuertes de San Sebastián, el Manzanillo y Pasacaballos.

Cuando el Batallón II del Aragón llegó a Cartagena, el almirante Vernon estaba en Jamaica preparando el ataque definitivo. Al iniciarse la guerra de Sucesión de Austria, Francia entró en la misma junto a España en virtud del Pacto de Familia, y despachó para las Antillas una escuadra con misión de combatir a los ingleses. Ello preocupó de tal manera en Inglaterra que su gobierno decidió el envío urgente a Jamaica de refuerzos de tal entidad que, a mediados de enero de 1741, Vernon contaba ya con más de cien buques y más de quince mil hombres, de los que más de tres mil habían llegado de las colonias de Norteamérica.

El año 1741 se inició con una intensa actividad de preparación de la defensa de la plaza contra el esperado ataque, previsiblemente de mucha mayor potencia que los anteriores. En esta preparación entraba tanto el adiestramiento del personal y el planeamiento de la defensa como el remediar en lo posible las carencias existentes. Ya se ha aludido a las peticiones incluidas en el primer informe del virrey Eslava: de los cuatro mil fusiles nuevos solicitados, le fueron enviados mil en navíos de la Compañía Guipuzcoana dos años después.

La esperada y temida escuadra de Vernon se presentó por fin el 13 de marzo, fecha en que se limitó a una operación de reconocimiento de la costa entre Punta Cañoa y la Boquilla, entrando a la máxima velocidad en Bocachica.

Cartagena de Indias supo lo que tenía enfrente el día 15, cuando Vernon ordenó una demostración de toda su fuerza: treinta y ocho navíos de línea y ciento setenta y tres buques auxiliares en una formación que se extendía desde el frente de la plaza hasta las proximidades de Punta Canoa. A bordo iban unos doce mil marineros y una fuerza de desembarco de unos ocho mil hombres y dos mil sirvientes, de ellos dos mil esclavos negros como fuerza de trabajo. Frente a esta potente escuadra, la mayor vista en América hasta entonces, el virrey Eslava sólo disponía en Cartagena de las exiguas fuerzas antes citadas, aumentadas en ciento cincuenta marineros desembarcados de los navíos de Lezo.

El mismo día 15 los buques ingleses fondearon cerca de la Boquilla, lo que hizo pensar que sería por allí el desembarco y se reforzó el destacamento allí existente.

El día 16 los ingleses llevaron a cabo un intento de desembarcar en la Boquilla, del que tuvieron que desistir por la fuerza del oleaje y la resaca. Al confirmarse la hipótesis del desembarco en dicho punto, éste fue guarnecido con tres compañías de granaderos, las de los tres batallones existentes, constituyendo un agrupamiento mandado por el teniente coronel don Pedro Casellas, jefe del batallón del Aragón. Estos agrupamientos de compañías de granaderos eran usuales en la época para las operaciones más difíciles o importantes.

El día 17 se vio cómo seis navíos se separaban del conjunto y navegaban hacia Tierra Bomba, a donde no pudieron acercarse por impedírselo los fuegos hechos desde Bocachica. Ello parecía indicar que se efectuaría un nuevo intento de desembarco sobre dicha entrada, por lo que fue reforzado el castillo de San Luis.

El día 19 se unieron cuatro navíos más a los que ya estaban frente a Tierra Bomba y, el 20 se les unió el resto, excepto tres navíos que quedaron frente a la Boquilla, tal vez en misión de vigilancia y bloqueo. El mismo día empezó el bombardeo de las defensas de Bocachica y, destruida y abandonada la batería de Chamba, los navíos ingleses pudieron avanzar hasta situarse a una distancia que les permitía bombardear el castillo de San Luis, lo que efectuaron durante esa noche y los días siguientes.

El 21, la infantería inglesa ocupa por sorpresa el fortín de Pasacaballos y el 22 consigue desembarcar en Tierra Bomba. Para hostigar y retrasar su marcha, en una misión similar a la de la actual línea de reconocimiento y seguridad, el día 24 es destacada a Tierra Bomba una compañía del II del Aragón.

El castillo de San Luis estaba mandado por el coronel ingeniero don Carlos Desnaux, quien prolongó la resistencia hasta que prácticamente desartillado y semidestruido era ocupado por los ingleses, mientras los defensores supervivientes se replegaban ordenadamente por el canal, en un convoy de canoas, a cuyo frente iba el virrey y el general de la armada Lezo, que continuamente acudían a los puntos más amenazados.

La pérdida del castillo de San Luis hacía imposible la defensa de Bocachica, por lo que el virrey y Lezo, constituyendo de hecho un mando conjunto, decidieron hundir los navíos *Africa*, *San Felipe*, *San Carlos* y *Galicia* para obstruir el canal e impedir así el paso de los buques ingleses. El *Galicia* fue apresado antes de que llegara a hundirse. Era ya el día 5 de abril y el 6 llegó a Cartagena el convoy de canoas. Entonces Eslava y Lezo organizaron la resistencia en la segunda línea, constituida por el castillo de Cruz Grande, sobre el canal de Boca-grande, y el del Manzanillo, sobre el canal del mismo nombre.

Al realizarse el desembarco en Bocachica, de la posición de la Boquilla fue replegada la mayor parte de la guarnición, con el jefe del batallón del Aragón, quedando la compañía de granaderos de dicho batallón al mando del capitán don Antonio de Mola.

Ante las escasas posibilidades de los dos castillos citados, durante los días 7 al 10, fueron hundidos los restantes navíos en el canal del Manzanillo, si bien su eficacia no fue total, pues los ingleses consiguieron apartarlos lo suficiente para abrir un pasillo por donde pudieron pasar sus buques a la bahía.

El día 11 iniciaron el bombardeo de la plaza y el desembarco en el sitio llamado Tejar de Gracia, en la isla de Gracia, separada de la tierra firme por un estrecho canal sobre el que existía un pequeño puente.

En los días siguientes continuó el bombardeo de la plaza y el desembarco, de modo que, el 16, todas las unidades de infantería inglesas estaban en la cabeza del desembarco. Este mismo día ocuparon el cerro de la Popa, buena base de partida para el ataque final. La defensa había replegado a la tercera línea, constituida por las murallas y el castillo de San Felipe de Barajas, y también este mismo día la infantería inglesa, en tres columnas convergentes, avanzó para ocupar el playón de Gabalo, donde tuvo lugar el primer encuentro con los infantes españoles, que, numéricamente muy inferiores, se replegaron hasta quedar protegidos por el fuego de los cañones de San Felipe de Barajas, retrasando el avance enemigo.

El día 17, ocupada totalmente la base de partida del cerro de la Popa por las tropas inglesas, inicia el montaje de baterías para los fue-

gos de preparación contra el castillo de San Felipe de Barajas y Vernon despacha un navío de aviso a Jamaica para que lleve la comunicación de la toma de Cartagena, que ya parecía indudable, según los criterios de valoración seguidos en la época.

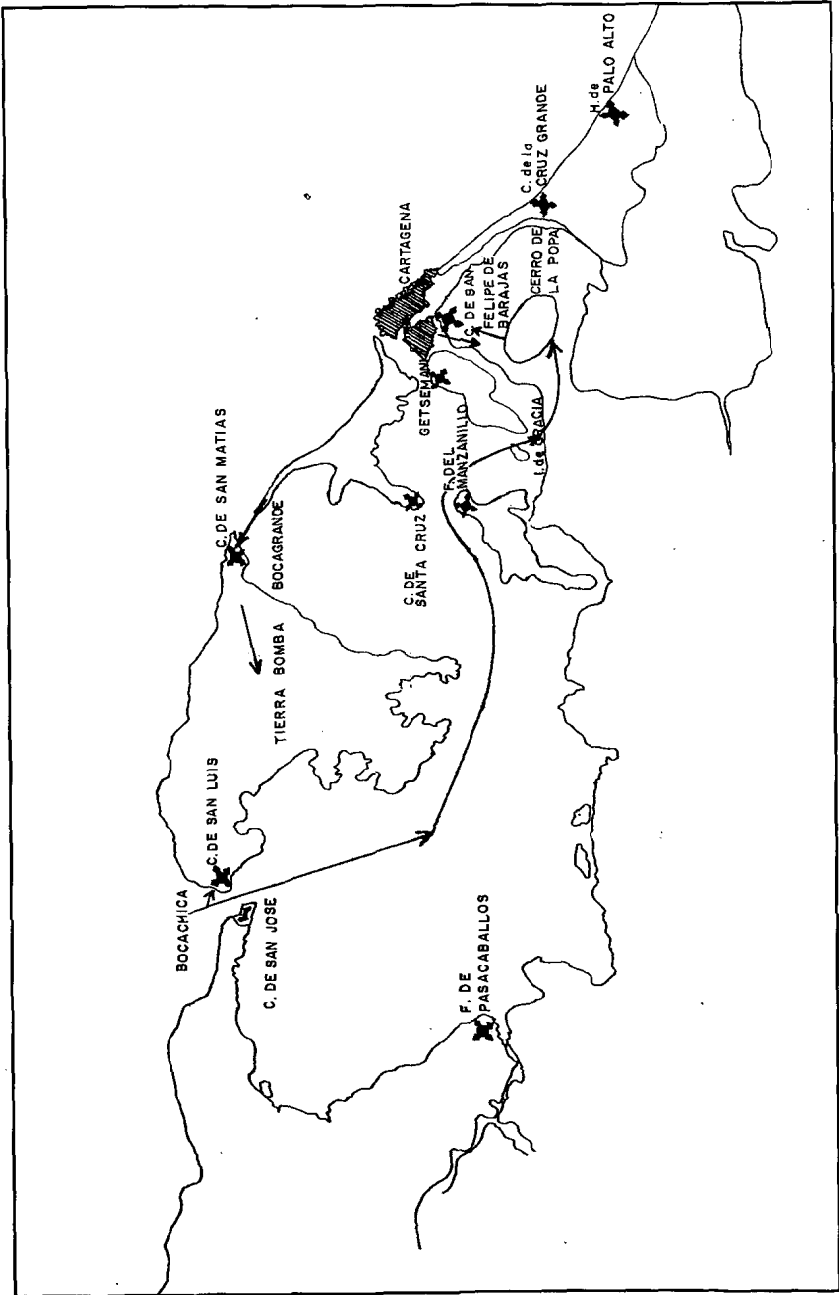
El día 18 Vernon complementó el desembarco anterior con otro en la Boquilla, donde la compañía de granaderos del II del Aragón tuvo que replegarse, pero reforzada por la noche, al amanecer del 19 realizó un contraataque que restableció la situación. El éxito de este contraataque, mandado por el capitán Mola, fue decisivo, pues de haberse consolidado la nueva cabeza de playa, que habría sido el origen de una nueva dirección de ataque, habría hecho prácticamente imposible la defensa.

Ese mismo día 19 las baterías instaladas en la Popa iniciaron el fuego de preparación contra San Felipe de Barajas. Esta imponente fortaleza, que constituía la posición fundamental en la defensa de la plaza, había sido guarnecida por un núcleo de reserva constituido por quinientos hombres de los batallones del Aragón y del España. Mandaba el castillo el coronel don Carlos Desnaux, el mismo que había mandado el de San Luis de Bocachica.

El ataque tuvo lugar al amanecer del día 20. Tres columnas inglesas de a dos batallones abandonaron sus bases de partida en el Cerro de la Popa, avanzando en dirección al arrabal de Getsemaní. La guarnición de San Felipe de Barajas fue reforzada por otro núcleo de reserva constituido por una compañía situada en el playón de la Media Luna. Los atacantes se lanzaron al asalto de las murallas bajas exteriores del castillo, en las que fueron contenidos por un violento fuego de fusilería de un agrupamiento de doscientos cincuenta hombres que ocupaban el atrincheramiento del playón de Gabalo. Detenido el avance ante el castillo, el coronel Desnaux ordenó el contraataque que se convirtió en persecución de los asaltantes, los cuales tuvieron que replegarse hacia sus barcos.

La batalla estaba decidida, pues aunque el mando inglés dispuso una reiteración del ataque con nuevos refuerzos, los atacantes fueron contenidos por el fuego y nuevamente tuvieron que replegarse. En dicha acción las bajas inglesas pasaron de mil entre muertos y heridos, y las españolas fueron treinta muertos y veinte heridos.

Pocas horas después se presentó ante el castillo un oficial inglés, con una bandera blanca y un tambor acompañándole según estaba establecido, pidiendo, en nombre de Vernon, permiso para retirar sus muertos y heridos. El virrey lo concedió para retirar los muertos; los heridos ya estaban hospitalizados, lo mismo que los españoles.



Croquis nº 1.-Cartagena de Indias.

Entre tanto, seguían resistiendo el fuerte del Manzanillo y la compañía de granaderos del Aragón, que defendía la Boquilla, donde repelió un último intento de desembarco.

En los días siguientes, los navíos ingleses continuaron haciendo fuego sobre diversos puntos de la plaza, pero ya como acción de hostigamiento.

El día 28 de abril los ingleses empezaron a demoler el castillo de la Cruz Grande, destruyeron por el fuego el navío español *Galicia* que había sido la nave capitana de Lezo, y quemaron maderas y otros enseres que no les era posible reembarcar.

En los días siguientes demolieron también las fortificaciones de San Felipe, Santiago y Punta de Abanicos, en la entrada de Bocagrande; las de San José, Baradero, Pasacaballos y Manzanillo, en las orillas de la bahía, y el castillo de San Luis en Bocachica. Asimismo, quemaron cinco embarcaciones menores que habían quedado averiadas por los fuegos hechos desde la playa.

El 30 de abril se realizó el intercambio de prisioneros, a lo que Eslava no opuso dificultad, pero sí la condición de que se abandonara el sitio. También pidió el almirante Vernon que fueran admitidos dos cirujanos ingleses para cuidar a los prisioneros heridos, a lo que Eslava accedió con la condición de que se quedaran en Cartagena hasta el final del asedio.

El 3 de mayo se tuvo noticia de que los ingleses estaban preparando embarcaciones ligeras y canaletes adecuados para la navegación fluvial, por lo que, ante la eventualidad de una expedición hacia el interior por el canal del dique, el virrey ordenó que un destacamento de milicias, mandado por don Antonio de Madariaga, saliera para dicha zona con la misión de explorarla, hacer resistencia en su caso e informar.

Finalmente, el 8 de mayo, se vio desde Cartagena cómo la escuadra de Vernon se alejaba de la plaza. Las fuerzas inglesas atacantes habían sufrido más de mil bajas y las españolas tuvieron noventa y cinco muertos y doscientos cincuenta y siete heridos (incluidos el virrey, el general de la armada don Blas de Lezo, el gobernador de la plaza y el coronel ingeniero Desnaux).

El historiador colombiano don Manuel Ezequiel Corrales cita las personas que de forma más destacada se distinguieron en la defensa de la plaza: el virrey don Sebastián de Eslava, el general de la armada don Blas de Lezo, el coronel ingeniero don Carlos Desnaux, el gobernador de la plaza don Melchor de Navarrete, los capitanes don Pedro Mur y don Nicolás Carrillo, el jefe del Batallón II del Aragón don Pe-

dro Casellas, los capitanes don Lorenzo de Alderete y don Miguel Pedrol, los capitanes de navío don Juan Jordán y don Félix Celdrán, el capitán don Bernardo de Fuentes, el capitán de fragata don Félix Obando, el capitán de milicias don Baltasar de Ortega, el ayudante mayor de la plaza don Francisco Piñeiro, el teniente de navío don José Campuzano, el teniente de Artillería don Joaquín Andrade (muerto en el repliegue de su batería), el ayudante de campo don Manuel Briceño, el vecino don Andrés de Madariaga y los tenientes don Carlos Gil Frontín, don Jerónimo de Loizaga, don Manuel Moreno y don E. Conni.

El historiador Porras Troconis, presidente de la Academia Colombiana de la Historia, ha escrito: *«La hazaña de la defensa de Cartagena contra una flota tan poderosa como la de Vernon, constituye una de las más memorables y grandiosas de América y de la historia de España. Sin embargo, ni la ciudad que tan justamente ha merecido el título de heroica, ni la patria colombiana ni la misma Madre Patria, han dado el relieve debido a esta proeza bélica que es parangonable con los hechos más célebres del mundo»*.

Tras el levantamiento del sitio, junto a la euforia y exaltación del triunfo, quedaba entre las autoridades militares de Cartagena la preocupación por la posibilidad de un nuevo ataque y por la necesidad de restaurar los considerables daños. El mismo empeño que antes en combate, hubo que poner ahora para restaurar las fortificaciones dañadas o destruidas y reparar y poner en servicio el material dañado. Así, cumpliendo órdenes del virrey, los soldados se pusieron a la tarea de sacar del fondo de la bahía los cañones de los barcos hundidos y, con grandes esfuerzos, consiguieron recuperar sesenta y ocho en buen uso, más otros ya inservibles. Ello sirvió para restablecer la capacidad de fuegos de las defensas de la plaza, dada la tardanza de los refuerzos.

Pero Cartagena había quedado ya libre de la amenaza. El virrey Eslava se mantuvo en la plaza, haciendo todo lo posible en su restauración y fortificación, temiendo un nuevo ataque de Vernon, pero éste, después de las pérdidas sufridas, no se atrevió a volver a atacar la plaza. Atacó y tomó de nuevo Portobelo, de donde tuvo que retirarse sin haber podido iniciar la marcha hacia Panamá, verdadero objetivo de esta acción, y atacó también Santiago de Cuba, de donde fue rechazado. Otros ataques ingleses contra La Guaira y Puerto Cabello fueron también rechazados y ahí terminaron las acciones de la *guerra del Asiento*, que ya se había solapado con la guerra de la Pragmática o de Sucesión de Austria, que desvió a Europa la actividad guerrera.

El interés y las actividades armadas españolas se centraron entonces en Italia, donde se emplearon la mayor parte de las tropas y recursos españoles. Por otra parte, Inglaterra también desplazó sus actividades a Europa, aliada a Austria, contra Prusia y Francia. Ello supuso un cierto abandono de los problemas defensivos de América, especialmente sensibles en Cartagena de Indias, por las necesidades de la reconstrucción y las pérdidas en hombres y material que había ocasionado el sitio, a lo que había que añadir el temor a un nuevo ataque.

El Batallón II del regimiento Aragón, continuó formando parte de la guarnición de Cartagena de Indias junto con el II del España y el Fijo de dicha plaza. La mayor dedicación de los recursos a la guerra en Italia y los problemas de la navegación oceánica, agravados por la inseguridad del estado de guerra, hicieron que las cajas reales de Cartagena se encontrarán en la primavera de 1745 casi agotadas. Entonces, el virrey Eslava, que continuaba temiendo un nuevo ataque y ya había agotado todos los procedimientos legales para obtener fondos para los cuantiosos gastos que requería la reconstrucción y el mantenimiento de tres batallones, dispuso que se retuvieran catorce reales y medio de la paga de los soldados hasta que llegara el siguiente situado, a fin de tener un fondo de emergencia con que hacer frente a cualquier imprevisto.

La orden se comunicó a la tropa el 1 de abril al abonar la paga del mes y, al día siguiente, se inició un motín en el convento de Santo Domingo, donde se alojaba el batallón, con el tañido de su campana mayor, disparos al aire y los gritos clásicos de *¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!* Todos los soldados del batallón reunidos marcharon a los alojamientos de los otros batallones, uniéndoseles los del España y encontrando resistencia en los del Batallón Fijo, que, al final, se avinieron a unírseles también para evitar el tiroteo con que les amenazaron. Reunidos los tres batallones, hicieron una manifestación ordenada hasta el convento de san Francisco, alojamiento de los marineros, que también fueron obligados a unírseles. A continuación, en una masiva asamblea, reconocieron por jefe al sargento Pavón y segundo jefe al sargento Herrera, ambos del Batallón II del España.

El gobernador de la plaza fue a verles y les ofreció un doblón de gratificación y un uniforme blanco (el correspondiente al clima) para cuando llegase el situado, pero la tropa lo rechazó y se mantuvo en que no se les hiciera el descuento. Dentro de la grave indisciplina que supone un motín, en éste se reflejó una disciplina profundamente imbuida en aquella tropa profesional, que obedecía rigurosamente a sus mandos inmediatos, cabos y sargentos (que entonces eran clases de

tropa). El sargento Pavón firmó un bando en el que se señalaban penas para quienes perjudicasen en algo a la población civil o se excediesen en la bebida.

Los oficiales, objeto de una general *respetuosa desobediencia* e incluso ignorancia de su existencia, se constituyeron en guardia del virrey. Éste se resistía a anular totalmente su orden, pero al final, ante la amenaza de disparar los cañones contra el palacio, tuvo que avenirse a las condiciones que consistían en pagar los haberes completos y publicar el perdón en la explanada de san Lázaro ante el Santísimo, que volvería en procesión, seguido por todos, hasta la catedral. Ello se hizo el día 7, con lectura pública de dicho perdón por el gobernador, con prohibición, bajo pena de la vida, de hablar de ello en lo sucesivo.

La cantidad total retenida y pagada tras el motín sumaba ciento ocho mil setecientos cuarenta y siete pesos.

Marchena observa que «*el más legal de los tres batallones fue precisamente el Fijo, producto sin duda de que lo que podríamos llamar fidelidad real estaba mucho más acentuado que en la Península*».

Un problema que se fue agravando al paso del tiempo fue el de la falta de soldados. En 1746, el virrey pidió el envío de trescientos para cubrir las plazas vacantes y, en 1747, renovó la petición, esta vez por cuatrocientos. Edad, fallecimientos por enfermedades tropicales o a consecuencia de heridas, e incluso desertiones, hacían disminuir el número de soldados. Así, el Batallón II del Aragón tenía en la revista de septiembre de 1747 doscientas veintitrés plazas, en la del mismo mes de 1748 doscientas doce plazas, y en la de enero de 1749 doscientas diez plazas. Los números totales de plazas entre los tres batallones presentes en la plaza en dichas revistas fueron, respectivamente, setecientos ocho, setecientos seis y setecientos uno, es decir, que en esos tres últimos años, los efectivos se mantuvieron bastante estables e incluso el descenso del Aragón en 1748 coincide con un aumento similar en el Fijo, lo que parece deberse a un traslado.

El 9 de julio de 1746 falleció Felipe V. En diciembre de 1747 empezaron las negociaciones previas a la paz de Aquisgrán, firmada el 10 de octubre de 1748. Se inició así la época de neutralidad y fortalecimiento militar (sobre todo naval) y financiero de Fernando VI, quien por R.O. de 11 de enero de 1749, dispuso el regreso de los batallones II del Aragón y II del España, permitiendo quedarse al personal que tuviese vacante en el Fijo. Dicho regreso se hizo en la escuadra de don Benito Antonio de Espínola, pero sólo lo hicieron los jefes de batallón, algunos oficiales y veintidós soldados. El resto se habían incor-

porado al Batallón Fijo, en una gran parada realizada el 24 de marzo de dicho año en la explanada de san Lázaro, junto al castillo que tan heroicamente habían defendido ocho años antes.

Hoy algunos colombianos son descendientes de aquellos soldados del regimiento Aragón que se integraron en el Batallón Fijo de Cartagena de Indias.

EN LA DEFENSA DE LA HABANA

En febrero de 1761 el Regimiento de Infantería Aragón, entonces nº 30, estaba de guarnición en Alicante y lo mandaba el coronel don Manuel de Francia, quien recibió la orden de que su Batallón II se pusiera en marcha para Cartagena, donde debía embarcar para Cádiz en los navíos de la escuadra del marqués de Spínola. El citado batallón llegó a Cartagena el 21 de dicho mes y ya tanto el marqués de Spínola como el gobernador militar de la plaza habían recibido la orden de *«embarcarlo por mitad en los navíos Aquilón y Soberano, tan pronto llegue y salgan para Cádiz al primer tiempo favorable»*.

En cumplimiento de dicha orden, embarcaron el día 25 de dicho mes, pero hubo que demorar la salida hasta el 4 de marzo, fecha en que se hizo a la vela la flotilla formada por los navíos citados, bajo el mando del capitán del navío don Juan del Postigo. Durante la travesía surgió un fuerte temporal que, el día 11, obligó a dichos navíos a entrar en el puerto de Málaga. Ello alargó el viaje de manera que no pudieron fondear en Cádiz hasta el 21.

En Cádiz se encontraba el marqués del Real Transporte, recién nombrado para el mando naval de La Habana y que había recibido la orden de zarpar para dicha plaza al frente de una flota de seis navíos y cinco buques menores de diversos tipos, con tropas, pertrechos y mercancías diversas, una vez que se incorporaron el *Aquilón* y el *Soberano*, con el II Batallón del Aragón a bordo.

Inmediatamente de la llegada del convoy citado empezaron los trabajos de aprovisionamiento, y, terminados éstos, la escuadra debió zarpar el día 27, pero otra tempestad obligó a retrasar la marcha hasta el 7 de abril. A bordo de los seis navíos iban tres batallones, entre ellos el II del Aragón. De éste, catorce oficiales, doce sargentos, treinta y dos cabos, ocho tambores y doscientos cincuenta y seis soldados,

iban a bordo del *Aquilón*; y, dieciséis oficiales, once sargentos, dieciocho cabos, nueve tambores y doscientos cincuenta y nueve soldados, iban a bordo del *Soberano*. Habían tenido que quedar en el hospital de Marina de Cádiz ochenta y dos hombres del batallón.

Tras cruzar el Atlántico en una pesada navegación, la escuadra llegó, el 20 de mayo, frente a San Juan de Puerto Rico, donde quedó fondeada. El día 24 desembarcó una compañía del Batallón II del Aragón, que, con otra de otro batallón, tenía la misión de reforzar la guarnición de la isla.

Después de un retraso en la salida por una calma en el aire, la escuadra se hizo a la vela el 26 y llegó el 3 de junio al puerto de Santiago de Cuba, donde, con idéntica finalidad de refuerzo de la guarnición, desembarcaron tres compañías del II del Aragón. La navegación se reanudó de inmediato y, finalmente, el 29 de junio, la escuadra entró en el puerto de La Habana, después de dos meses y tres semanas de navegación desde la salida de Cádiz.

Ese día 29 de junio de 1761, el Batallón II del Aragón se integraba en la guarnición de La Habana. Por las segregaciones citadas, había quedado reducido al mando y plana mayor, compañía de granaderos y cuatro compañías de fusileros, cumpliendo los servicios de guarnición en dicha plaza donde permaneció sin novedad hasta el 6 de junio de 1762, fecha en que se inició el ataque inglés.

Mientras tenía lugar el traslado del Batallón II del Aragón a las Antillas, la situación era nuevamente de previsión de guerra próxima con Inglaterra. La guerra de los Siete Años había estallado en 1756 y, desde entonces, la escuadra inglesa y la francesa habían sostenido varios encuentros en aguas de las Antillas, con notable ventaja para la primera, que se había apoderado de varias islas anteriormente francesas. También en tierra, las operaciones eran claramente favorables al ejército inglés.

En España, la política neutralista de Fernando VI había mantenido a España fuera de esa guerra, pero la subida al trono de Carlos III supuso una revisión de dicha política, en razón de la ocupación inglesa de Gibraltar y Menorca desde el tratado de Utrecht y el fracaso de los intentos anteriores de recuperación. Mientras se desarrollaba la singladura de la escuadra del marqués del Real Transporte, con el II del Aragón a bordo, Carlos III estaba negociando con Luis XV de Francia el nuevo Pacto de Familia. El propósito de nuestro Rey era entrar en la guerra junto a Francia, pero esperando a mediados de 1762, con la finalidad de ganar tiempo para que llegara la flota de América, que debía traer un cargamento de plata, y para que se completaran las obras

de fortificación de nuestras plazas marítimas del Caribe. Pero Jorge III de Inglaterra, que recibió información de las negociaciones que se estaban celebrando entre Madrid y París, declaró la guerra a España en diciembre de dicho año.

Con la declaración de guerra surgió la decisión del ataque a La Habana. Como dice el historiador y ex-presidente dominicano don Juan Bosch, *«la conquista de La Habana fue planeada en Londres a fines de 1761, tal vez antes aún de que Inglaterra declarara la guerra a España, pues la preparación de la flota que debía realizar la operación había comenzado tan temprano que en los primeros días de marzo, salían de Spithead unos 60 navíos de línea que debían tomar parte en la operación»*.

Al mismo tiempo, en La Habana, el marqués del Real Transporte, con fecha 5 de marzo de 1762, comunicaba dos informaciones recibidas: que hacía un mes los ingleses habían atacado la isla de Martinica, con veinticinco navíos de guerra y más de doscientos buques de transporte con dieciocho mil hombres de desembarco, y que, en Jamaica había diecisiete navíos de guerra. La citada comunicación termina diciendo que los datos son confusos y que hay que completar la información: la realidad era que, para esa fecha, los ingleses ya se habían apoderado de Martinica, después de un mes de combates.

Mes y medio después, el 20 de abril, llegaba a Barbados, la gran base inglesa en el Caribe, la escuadra que había salido de Spithead. Su travesía había sido larga y anormal, pues las tempestades habían dificultado su marcha y la habían obligado a dispersarse de forma que la arribada de sus buques había durado varios días necesitando un tiempo suplementario para reparaciones. Pero ello no hizo más que retrasar el ataque. Sin pérdida de tiempo la escuadra citada salió de Barbados, se reunió en Martinica con la que había conquistado la isla y, el 6 de mayo, se hacía a la mar la escuadra reunida, bajo el mando del almirante Pocock, con la misión de conquistar La Habana, la gran fortaleza española de las Antillas, considerada *llave de las Indias*.

La escuadra mandada por el almirante Pocock estaba formada por unos doscientos buques y a bordo iba una fuerza de desembarco de unos quince mil hombres, mandada por el conde de Albemarle. Para conseguir la sorpresa, en vez de seguir la ruta más directa, salió al Atlántico con rumbos este y norte hacia las Bahamas, desde donde siguió hacia el sur, entre dichas islas y Florida. La difícil navegación de tan numerosa flota por un paso tan estrecho habría podido ser fácilmente impedida por una flota española o francesa mucho menor, pero nadie tuvo información de tan arriesgada operación naval, en que la

eficiencia de la Marina inglesa rayó a gran altura, tanto en navegación como en contrainformación.

La impresionante escuadra surgió por sorpresa frente a La Habana, un mes después, el 6 de junio a las ocho de la mañana. El capitán general de la isla, que era el mariscal de campo don Juan de Prado, que no esperaba que los ingleses pudieran venir contra La Habana y cuando apareció su escuadra no lo creía, al darle cuenta de ello contestó que eran flotas de las que todos los años se veían en esa época y, hasta las doce y media no se convenció de que era efectivamente una potente formación que se aprestaba al desembarco. Es decir la sorpresa había sido total.

La guarnición de La Habana contaba con unos efectivos de unos dos mil seiscientos hombres de tropa regular y milicias, mas unos mil doscientos marineros de la escuadra y trescientos dragones. Tras el aviso recibido del castillo del Morro, el capitán general se decidió a poner en movimiento a las unidades de tropa veterana (profesional) y milicias. Entre las primeras, estaba el Batallón II del regimiento Aragón, con la compañía de granaderos y la mitad de los fusileros, como antes se ha dicho. Las milicias incluían compañías de morenos y pardos y los lanceros del campo.

A la guarnición se unieron unos tres mil voluntarios, pues si bien hubo más de diez mil, sólo pudo armarse a esos tres mil, que era lo que permitía el armamento existente en los parques y almacenes de la plaza. En Guanabacoa se encontraba el coronel don Carlos Caro con su regimiento de Dragones, que sólo hacía diez días que habían llegado y aún no tenían los caballos. Entre los civiles se distinguieron especialmente los voluntarios del campo que formaron guerrillas montadas. A estos guerrilleros se les llamaba *partidarios*.

La defensa de la plaza se estableció con toda precipitación, pero sin improvisación, pues cada unidad o agrupamiento ocupó, sin vacilaciones ni dificultades, el puesto que le correspondía en el despliegue defensivo. El fallo estuvo en que el plan seguido iba orientado especialmente a impedir la entrada en la bahía. En dicha entrada se hundieron tres buques, para impedir el paso de los navíos de gran calado, se guarnecieron los castillos y se nombró gobernadores de los del Morro y de la Punta, las dos fortalezas que cerraban el paso a la bahía a los capitanes de navío don Luis Vicente de Velasco y don Manuel de Briceño, respectivamente.

El plan estaba al parecer influido por los acontecimientos del sitio de Cartagena de Indias en 1741 y se descuidó la posición fundamental constituida por el castillo de la Cabaña y la defensa de las playas al

este de la bahía, desde las que se podía envolver y atacar la plaza por su retaguardia. Y esto fue precisamente lo que dispusieron los mandos ingleses que, el mismo día 6, articularon la escuadra en tres agrupaciones, una frente a Bacuranao, otra frente a Cojímar (desde donde podían bombardear la bahía) y otra frente a La Habana.

El desembarco se inició el día 7 en Bacuranao. El mismo día, los invasores se apoderaron de dicha población y de Cojímar, donde se atrincheraron constituyendo la cabeza de desembarco. El coronel Caro, con los dragones y las cuatro compañías de milicias de Guanabacoa trató de oponerse, pero, ante la enorme desproporción de medios sólo pudo llevar a cabo una acción retardadora, hasta acogerse a las fortificaciones de la Cabaña. Guanacaboa fue abandonada y ocupada por los ingleses en el mismo día.

En la capital se organizó la evacuación de religiosos, religiosas, ancianos, mujeres y niños, que en caravana de semovientes y vehículos de tracción animal fueron trasladados a Managua y Santiago de las Vegas.

Los *partidarios* hostigaron mucho a las unidades y destacamentos ingleses. Entre ellos se distinguió especialmente, al frente de una guerrilla montada, el guerrillero Pepe Antonio, nombre con el que se hizo célebre don José Antonio Gómez, alcalde provincial de Guanabacoa, que actuó con mucha eficacia, causando bajas, retrasos y dificultades logísticas a los invasores. El prestigioso alcalde y eficaz jefe de guerrillas era un antecedente cubano de los guerrilleros españoles de la guerra de la Independencia. La defensa se orientó en dos direcciones: asegurar la entrada de la bahía y cerrar el paso a los invasores desembarcados. Las posiciones fundamentales de ambas acciones defensivas eran los castillos del Morro y la Cabaña, respectivamente. Además, se estableció una reserva a las órdenes directas del capitán general.

El Batallón II del Aragón se integró en la más potente agrupación que se organizó, mandada por el coronel don Alejandro Arroyo y constituida por los batallones II del Aragón y II del España, compañía de granaderos del Batallón Fijo y doscientos hombres de infantería de marina. Esta agrupación salió el mismo día 6 a cubrir la parte de sotavento y después cubrió las zonas más amenazadas y participó en los combates más duros, contribuyendo notablemente a que la defensa se mantuviera tanto tiempo.

La actuación de esta aguerrida agrupación del coronel Arroyo, el magnífico espíritu y eficaz actuación de voluntarios y guerrilleros y la decidida cooperación de la población en general, tanto de La Habana

como del interior de la isla, no se correspondía con la capacidad de los mandos de la plaza, que tomaron disposiciones inadecuadas que contribuyeron a la derrota. En papeles del héroe máximo de la defensa, el capitán de navío don Luis Vicente de Velasco, gobernador del Morro, se encontraron reflexiones en sentido desaprobatario de algunas de estas medidas, como el abandono de la Cabaña, que dejó a la plaza sin posibilidad de auxilios del interior y convertida ya en objetivo directo del ataque.

Cuando se tuvo la evidencia del desembarco en Bacuranao y Cojímar, la acción principal de la defensa se orientó a detener su avance. La ocupación de Guanabacoa abrió a los ingleses el camino hacia la Cabaña, a la vez que se situaban en el fondo de la bahía. La agrupación del coronel Arroyo contraatacó en la zona de la Cabaña osadamente, según el historiador don José María de la Torre, pero el capitán general ordenó que se abandonara cuando estuviera bajo el fuego enemigo y, cumpliendo las órdenes recibidas, la agrupación citada se replegó.

El día 10 cayó el fuerte de la Chorrera, y la infantería inglesa se atrincheró en la loma de Aróstegui; y, el 11, sus granaderos entraron en el fuerte de la Cabaña, abandonado por sus defensores en cumplimiento de la citada orden. La Cabaña era «*el punto más importante de la plaza, llave principal de la defensa de La Habana*», según don Jacobo de la Pezuela, y se abandonó sin apenas combatir. Al oeste del fuerte de la Chorrera, los ingleses tomaron el torreón de San Lázaro, de modo que la plaza quedó aislada por tierra. Los hechos confirmaban la opinión de los mandos más distinguidos, que estimaban que la Cabaña debió defenderse a toda costa, como punto fundamental.

Tras el abandono de la Cabaña, de las fortificaciones de la plaza sólo quedaban en manos españolas las fortalezas del Morro, la Punta y la Fuerza, en torno a las cuales se reorganizó la defensa. La escuadra inglesa seguía sin poder entrar en la bahía, donde el punto fundamental era el Morro, desde el cual se dominaba la Punta.

Ya en posesión de la Cabaña, el conde de Albemarle, jefe de la fuerza de desembarco inglesa, ordenó al general Keppel poner sitio a el Morro, construyendo al efecto fortificaciones ligeras para batir el castillo desde las mismas con fuego de artillería. El día 12, el fuego desde el Morro obligó a las bombardas inglesas a alejarse de la costa y el 13 empezó el bombardeo de el Morro por la escuadra.

El mismo día tuvo lugar una de las más notables acciones de la guerrilla de Pepe Antonio, que se apoderó de varios puestos o piquetes llegando a hacer ochenta y tres prisioneros, a la vez que tenían lu-

gar otras acciones guerrilleras que ocasionaron a los ingleses veinte muertos en Corral Falso y ocho prisioneros en Santa María del Rosario. En la misma fecha los ingleses que ocupaban Guanabacoa la abandonaron y se establecieron en la loma del Indio, y el 16, el coronel Caro ocupó Guanabacoa con sus dragones.

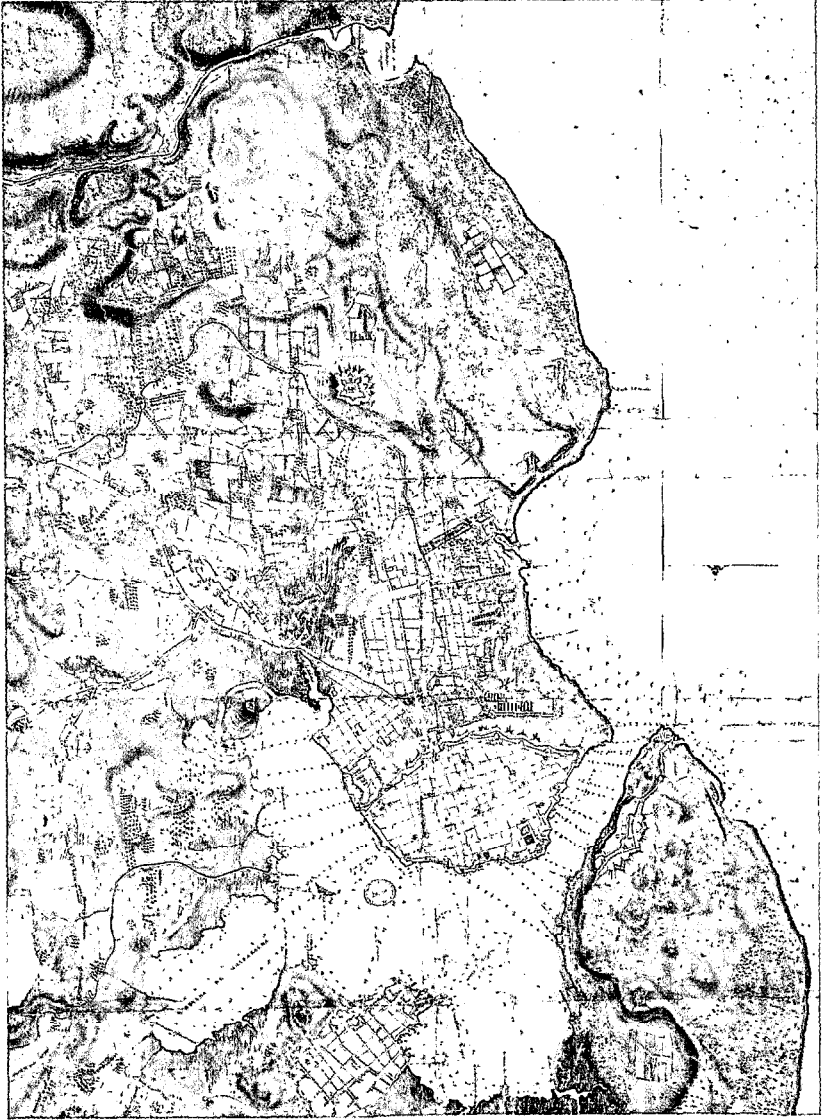
El general inglés Keppel dispuso la construcción de los asentamientos protegidos para su artillería en lo cual estuvieron ocupados hasta el día 30, en que tuvieron asentados sus cañones y morteros, los cuales iniciaron el fuego el 1 de julio. Según el *Diario del Sitio de La Habana*, Keppel tuvo que reforzar esas fortificaciones con otras baterías construidas a doble distancia de el Morro que las anteriores para mejor repeler los fuegos de la ciudad y la Punta, los de la escuadra surta en el puerto y las baterías flotantes de los sitiados. Se distinguen con sus fuegos los navíos *Aquilón*, uno de los que habían transportado al II del Aragón, y el *Conquistador*, uno de los que lo habían acompañado en la travesía.

La agrupación del coronel Arroyo se integró en la organización defensiva de el Morro, la posición fundamental de la que dependía toda la defensa de la plaza. Los días 4 y 5 de julio consiguieron los defensores ligeras ventajas. En la zona de Guanabacoa, Pepe Antonio se opuso con éxito a la salida de un agrupamiento inglés de trescientos hombres, al que arrebató los ganados, que fueron un considerable refuerzo logístico para la guarnición y la población habanera. Otro notable refuerzo recibido por La Habana en esas fechas fue la llegada de siete compañías de milicias de Sancti Spiritus.

Al bombardeo por las baterías de Keppel se unieron los cañones de los barcos más potentes de la escuadra, sumando un efecto demoleedor. Desde el día 6 al 16 de julio hubo una continua acción de destrucción y reconstrucción, pues lo que destruía el fuego por el día lo reconstruía la guarnición por la noche.

El día 22 entraron en La Habana trescientos cincuenta hombres con dos mil seiscientos fusiles procedentes de las tenencias de gobierno interiores de Puerto Príncipe y San Juan de los Remedios, refuerzo muy oportuno para la ya diezmada guarnición.

El día 25 se recibió un nuevo refuerzo: había llegado a Jagua (junto a Cienfuegos) el *Arrogante*, procedente de Santiago de Cuba, con socorros, que se introducirían por tierra en La Habana como se introducían con frecuencia ganados y productos del campo cubano por los guajiros, buenos conocedores del terreno, que burlaban el bloqueo inglés.



Plano de La Habana.

En cambio, el 26, una noticia triste fue un golpe moral para los defensores: la muerte de Pepe Antonio, el héroe popular. Don Antonio Bachiller escribe que corrió la noticia infausta de la muerte del alcalde provincial de Guanabacoa de enfermedad, el mismo que tanto se había distinguido de partidario haciendo considerable falta su valor y su conducta. Según Guiteras, la enfermedad se originó cinco días antes, cuando el coronel Caro le llamó y en un tenso encuentro le quitó lo mejor de su gente, dejándolo sin *«el mando de una fuerza creada, armada y organizada sin auxilio alguno, y con sólo su valor e intrepidez»*.

A partir de ese momento la defensa fue debilitándose. El 27, los sitiadores lograron cortar la única posibilidad que tenían los defensores del castillo de comunicarse con la ciudad, aunque era imposible recibir refuerzos por esa vía, que era cruzando el centro de la bahía en pequeñas embarcaciones. Las faldas del castillo estaban minadas y los defensores esperaban su voladura en cualquier momento. La agrupación del coronel Arroyo había fracasado en sus heroicos intentos de romper el cerco, que le habían costado bastantes bajas, como también habían fracasado las salidas de la guarnición del castillo, bajo el mando del competente y valeroso capitán de navío don Luis de Velasco.

Según Ferrer del Río, el día 30 la guarnición del castillo contaba aún con setecientos ochenta hombres, entre tropa veterana del II del Aragón y del II del España, tropa de infantería de marina y milicianos, entre estos bastantes negros y mulatos. Ese día, hacia las doce de la mañana, estallaron las minas y una agrupación inglesa de dos mil hombres inició su avance hacia el castillo, para entrar por sus derruidas cortinas. El capitán del Aragón don Fernando de Párraga se lanzó resueltamente con doce fusileros de su compañía a defender la rampa de acceso a la plaza y cuarteles del castillo: allí murieron heroicamente defendiendo la entrada y dando tiempo para la reacción de la guarnición. Al momento irrumpió el gobernador don Luis de Velasco con dos compañías del Aragón y una del Fijo recibiendo una herida mortal y tuvo que ser evacuado, sustituyéndole otro marino de gran prestigio, el marqués González. En un rápido y violento combate, en que la superioridad de medios de los asaltantes era abrumadora, murieron el capitán del Aragón don Antonio de Zubiría y el alférez de su compañía don Marcos Tort. Poco después murió el marqués González, llevando en una mano la espada y en la otra la bandera.

La sucesión en el mando recayó en el capitán de la compañía de granaderos del Aragón, don Lorenzo de Milla, quien, con la guarni-

ción reducida a la tercera parte y agotados los medios de defensa, izó bandera blanca. De la guarnición del castillo sólo quedaron doscientos cincuenta y cinco supervivientes. Entre las explosiones de las minas y el combate final, dos tercios de los defensores habían caído, entre ellos el gobernador don Luis Velasco, su segundo el marqués González y los capitanes de las dos compañías de fusileros del Aragón integradas en la guarnición del castillo. Los supervivientes se rindieron cuando habían agotado absolutamente los medios de defensa. En el número de los muertos hay que contar también los supervivientes negros, que fueron pasados a cuchillo.

Según don Jacobo de la Pezuela, los defensores de el Morro tuvieron un total de más de mil muertos, pero en esa cifra hay que incluir a los de la agrupación del coronel Arroyo en las posiciones exteriores al castillo y en los intentos de ruptura del cerco del mismo.

El ataque inglés a La Habana se desarrolló en tres fases: la primera, hasta la ocupación de la Cabaña, fue muy corta por el abandono de dicho fuerte por parte de la defensa. La segunda, hasta la ocupación de el Morro, había supuesto cuarenta y cuatro días de sitio. La tercera fase del ataque duró desde el 31 de julio al 13 de agosto. La toma de el Morro había hecho a los ingleses dueños de las alturas que dominan la Punta y la Fuerza y, por el oeste, había extendido su campo hasta Jesús del Monte, el Cerro y la Cruz del Padre, haciendo extremadamente crítica la situación de la ciudad. Al verse dueño de el Morro, el conde de Albemarle ordenó al general Keppel que, siguiendo el plan propuesto por su jefe de ingenieros, mandara construir siete baterías que se extendieran desde la Pastora hasta la Cruz de la Cabaña. Ante esta situación, el capitán general dispuso que la artillería de la Punta y la Fuerza, secundada por el navío *Aquilón*, dirigiera sus fuegos contra el Morro hasta conseguir su demolición, lo cual consiguió en parte a las ocho horas de empezar el ataque: el fuego duró desde el 31 de julio hasta el 3 de agosto. En la loma de Soto, donde después se construyó el castillo de Atarés, se estableció en muy pocos días una batería de seis cañones de a veinticuatro y cuatro de a dieciséis.

Para aumentar la escasa guarnición de la plaza, se hizo retirar a su recinto todos los destacamentos de tropa veterana, excepto los dragones que siguieron cubriendo las inmediaciones. Pero la resistencia de la plaza no habría podido continuar si no hubiera dispuesto de otros medios, que fueron la firme voluntad del vecindario y los auxilios del interior, hasta el último momento. El 5 de agosto llegaron doscientos doce fusiles y municiones de Santiago de Cuba. El 9 se recibieron de Jagua quinientos fusiles y, el 10, otros mil quinientos. Los guajiros,

con riesgo de sus vidas, introducían en la ciudad sus ganados, frutas y legumbres para el abastecimiento de los defensores. Y de Santiago de Cuba se anunció la marcha de una expedición de mil hombres entre tropa veterana y voluntarios.

Todo ello hacía esperar que, si se lograba mantener la ciudad unos días más, mejoraría la crítica situación de los sitiados, que podrían llegar a obligar a los ingleses, faltos de víveres frescos y acosados por las enfermedades tropicales, a levantar el sitio. Para ello era favorable la época, pues las lluvias de agosto marcan un momento especialmente mortífero por la intensidad de dichas enfermedades.

Fue la enorme superioridad artillera de los sitiadores lo que mantuvo a su favor la evolución de la situación táctica. Ya el día 3 los disparos de la Cabaña habían conseguido silenciar los cañones del *Aquilon*. El castillo de la Fuerza sufrió graves daños en sus defensas y murallas. La ciudad estaba medio destruida por más de seis mil bombas caídas en su recinto. Entre el 9 y el 10, la artillería de la Punta quedó reducida a dos cañones y su guarnición tuvo que abandonar el castillo y refugiarse en la ciudad. Además los sitiadores acababan de ser reforzados con una expedición de unos dos mil hombres, llegada de Nueva York; como dato curioso, de esta expedición formaba parte un capitán llamado George Washington, que tanto iba a darse a conocer años después.

El día 11, ante la perspectiva de que la ciudad fuese arrasada, el capitán general envió un mensajero al conde de Albemarle con las condiciones de rendición, que se discutieron durante los días 12 y 13, fecha ésta en que finalmente se firmaron. En cumplimiento de las citadas condiciones de rendición de la plaza, el día 14 se hizo entrega del castillo de la Punta y demás fortificaciones y entró en la ciudad el conde de Albemarle, que quedó admirado de las continuas muestras de lealtad de la población habanera al rey de España.

También en cumplimiento de dichas condiciones, el día 24 las tropas españolas supervivientes de las guarniciones de la ciudad y del castillo de la Punta salieron con todos los honores de la guerra y embarcaron, en buques proporcionados por el almirante inglés, que zarparon para territorio español el 30. Eran en total siete jefes, diecisiete capitanes, sesenta tenientes y subtenientes y ochocientos cuarenta y cinco clases de tropa: entre ellos iban los supervivientes de las dos compañías de fusileros del II del Aragón que no habían sido integradas en la guarnición del castillo de el Morro. Con ellos iban también las autoridades y empleados públicos peninsulares con sus familias, lo que sumaba cincuenta y siete personas más.

En total la batalla de La Habana había durado dos meses y una semana, durante los cuales los sitiadores habían disparado catorce mil quinientas bombas y granadas. Los ingleses se habían apoderado de la plaza fuerte llamada *la llave de las Indias* y habían obtenido un cuantioso botín de guerra constituido por los nueve navíos de guerra y más de cien barcos mercantes surtos en la bahía, pero sus pérdidas habían sido altísimas; el número de sus muertos, en combate y por enfermedades tropicales, había sido tan elevado como en Cartagena de Indias. Por esta razón aceptaron las condiciones de rendición propuestas por el general Prado y se limitaron a ocupar la plaza rendida sin penetrar hacia el interior de la isla, donde se habrían enfrentado a las acciones de las guerrillas y a un agravamiento de las citadas enfermedades tropicales.

Seguía incólume la guarnición de Santiago de Cuba, de la que formaban parte las tres compañías del II del Aragón que, para ello, habían sido segregadas del batallón. Y su gobernador, el capitán de navío Madariaga, mantuvo su autoridad en nombre del rey de España sobre toda la isla, con la sola excepción de La Habana e inmediaciones y del puerto de Matanzas, ocupado por la dotación de dos fragatas, a la vez que la capital. Y la guerra continuó, pues las guerrillas mantuvieron su actividad haciendo que los ingleses sólo pudieran sentirse seguros en la plaza.

Los defensores de La Habana supervivientes y no repatriados quedaron prisioneros hasta la paz de París, firmada el 10 de febrero de 1763. La plaza fue devuelta el 6 de julio mediante entrega oficial por el conde de Albemarle al conde de Ricla, nuevo capitán general recién llegado.

Tras la recuperación de La Habana, sus defensores supervivientes fueron distinguidos por su heroísmo y recibieron multitud de agasajos oficiales y populares en los varios días de fiestas que se celebraron en su honor. En cuanto al Batallón II del Aragón, tan gloriosamente deshecho en La Habana, fue reconstituido en España y sus supervivientes de la defensa de el Morro pasaron al regimiento Fijo de dicha plaza o a las unidades expedicionarias recién llegadas, e incluso los hubo que se licenciaron y pasaron a la vida civil. Las compañías se quedaron en San Juan de Puerto Rico y Santiago de Cuba, se integraron en los respectivos batallones Fijos.

Hoy, algunos cubanos y puertorriqueños son descendientes de antiguos soldados del Batallón II del regimiento Aragón.

EN LA EXPEDICIÓN DE SOLANO

El 28 de abril de 1780 zarpaba de Cádiz, rumbo a La Habana, el jefe de escuadra don José Solano al frente de la suya, constituida en esta fecha por ciento treinta y nueve buques. A bordo iba una fuerza de desembarco mandada por el teniente general don Victorio de Navia y cuyos efectivos sumaban unos doce mil hombres. De esa fuerza formaba parte el Regimiento de Infantería Aragón, entonces nº 29, que mandaba el coronel don Francisco Longoria con mil doscientas treinta y dos plazas.

Hacía diez meses que se estaba en guerra con Inglaterra y se habían producido las dos fulgurantes campañas de los Gálvez: La muy conocida del brigadier don Bernardo de Gálvez, gobernador de La Luisiana que, partiendo de Nueva Orleáns, a finales de agosto, al frente de una columna heterogénea de mil cuatrocientos treinta y siete hombres, el 21 de septiembre ya se había apoderado de todas las fortificaciones y establecimientos ingleses del Bajo Mississippi e incluso de ocho barcos que llegaban por el río con refuerzos; y la menos conocida de su padre el mariscal de campo don Matías de Gálvez, capitán general de Guatemala, que, con las escasas fuerzas de que disponía en su jurisdicción se apoderó del establecimiento ilegal inglés de Cayo Cocina, en Belice, en septiembre, y rechazó los últimos intentos ingleses de penetrar en América Central y dividir en dos los territorios españoles, última versión del *Western Design*, en Honduras en noviembre y en Nicaragua en marzo, tras largas marchas desde la ciudad de Guatemala.

El envío de la flota de Solano con las fuerzas terrestres del teniente general Navia tenía la finalidad de reforzar la guarnición de Cuba; conseguir, junto con la flota francesa, el dominio del Caribe y conquistar la plaza fuerte de Panzacola, que supondría la recuperación de la Florida occidental, para lo que ya el 13 de marzo, es decir mes y medio antes, Gálvez se había apoderado de La Movila (hoy Mobile), tras un asedio sostenido, con una agrupación de mil doscientos hombres que había zarpado de Nueva Orleáns el 4 de enero.

La expedición de Solano, como fue llamada, llegó el día 7 de mayo frente a Santa Cruz de Tenerife y, el 7 de junio se encontraba frente a Marigalante, donde tomó contacto con el almirante francés conde de Guichen y empezó la cooperación con los mandos navales franceses, que respondía a la necesidad de unirse ambas flotas, dada la superioridad de medios de la inglesa.

La escuadra pasó a Martinica y después a Guadalupe. Dos eran los problemas: el elevado número de enfermos, que llegó a cuatro mil, es decir, un tercio de los efectivos totales embarcados, y la falta de información sobre la situación de la escuadra inglesa del Caribe; para el primero fue necesario el apoyo logístico de la marina francesa, en cuyos hospitales de Basse Terre (Guadalupe) y Fort Royal (Martinica) tuvieron que ser internados la mayor parte. El segundo problema requirió también esperar a que el conde de Guichen recibiera la información que estaba esperando.

Por fin, el 4 de julio, después de cuatro semanas en barlovento, la escuadra de Solano estuvo en situación de continuar su interrumpida navegación y fueron reembarcando los enfermos; el 6 reembarcaron los que estaban en los hospitales de Guadalupe y la escuadra pudo darse a la vela, pero dejando en los hospitales franceses a mil ciento noventa y dos hombres, de ellos quinientos cinco pertenecientes a las dotaciones de los barcos. Para atender sus necesidades se dejó en Basse Terre a un oficial del Ejército y otro de Marina, con la promesa del conde de Guichen de que cuando todos los enfermos se hubieran recuperado serían enviados con escolta a San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo o La Habana.

El 30 de julio la escuadra se encontraba frente a Matanzas donde entró la fragata *Santa Cecilia* a tomar contacto y recabar información, y el 3 de agosto se reanudó la navegación. Finalmente, el 4 de agosto la escuadra de Solano entraba en el puerto de La Habana y, durante los días 5 y 6 tuvo lugar el desembarco de la tropa, empezando por los enfermos.

En La Habana esperaba el ya mariscal de campo don Bernardo de Gálvez, gobernador de La Luisiana y Florida occidental, que ya había querido atacar la plaza fuerte de Panzacola, punto fundamental y capital de dicho territorio, con los medios existentes en la capital de Cuba, lo que no se llevó a efecto por la oposición de los mandos navales, basada en las dificultades meteorológicas y las condiciones de la bahía.

A partir de la llegada de la expedición de Solano, se llevó a cabo una intensa labor preparatoria con numerosas reuniones conjuntas y finalmente, el 16 de octubre, zarpó de La Habana una flota de doce barcos mandada por Solano, llevando a bordo, a las órdenes de Gálvez, una fuerza terrestre de tres mil ochocientos nueve hombres de distintas unidades, entre ellas del regimiento Aragón, que participó con parte de las guarniciones de los barcos.

Esta expedición no llegó a Panzacola. Al día siguiente un fuerte huracán la dispersó y, acogiéndose los barcos a los abrigos que mejor pudieron alcanzar, unos regresaron a La Habana y otros aparecieron

en otros puntos de Cuba, en La Luisiana y hasta en el Yucatán. No fue ello ventaja para los ingleses, que sufrieron daños similares. Y la consecuencia fue el aplazamiento de la expedición, siguiendo el parecer de los mandos de la marina, hasta el mes de marzo siguiente.

Nueva etapa de preparativos y, por fin, el 28 de febrero de 1781 zarpa de La Habana la tercera y definitiva expedición para la conquista de Panzacola. A las órdenes de Gálvez iba embarcada una fuerza terrestre en la que se integraba el Batallón II del Aragón, junto a sendos batallones de los regimientos del Rey, Príncipe, Navarra, España, Soria, Guadalajara, Hibernia y Flandes. La expedición constaba de treinta y dos buques de distintos tipos. La fuerza del Batallón II del Aragón iba embarcada en las polacras *San José* y *N.ª S.ª de la Concepción* y en el bergantín *San José* y *Animas*.

En el diario de operaciones del general Gálvez puede verse su idea de maniobra, aunque entonces no se denominara así, que, en esencia era: En una primera fase, ocupar la isla de Santa Rosa que cierra el paso a Panzacola, y destruir la batería de la punta de Sigüenza para permitir el paso de la escuadra; en una segunda fase, organizar el sitio y completar el dispositivo, a la vez que se esperaba la llegada de los refuerzos de Luisiana; y, en una tercera fase, atacar la plaza.

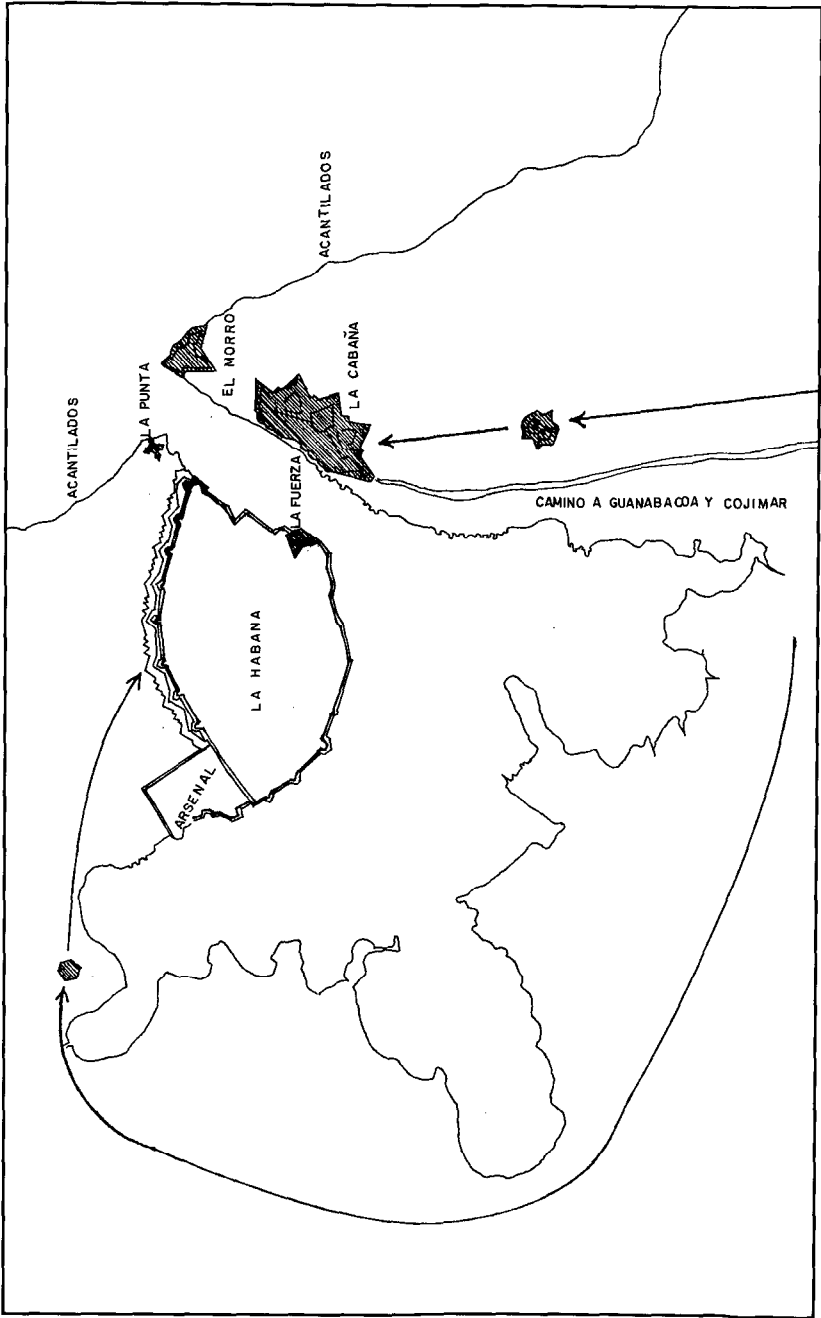
El día 9 de marzo, al amanecer, la escuadra dio vista a la isla de Santa Rosa y pocas horas después forzaba el paso a la bahía de Panzacola. Las baterías de la plaza iniciaron un potente fuego para impedir su aproximación.

En la madrugada del 10, una agrupación de compañías de cazadores y granaderos, mandada por el coronel del regimiento Aragón, desembarcó aprovechando la oscuridad y tomó la isla, apoderándose de la batería de faginas y de tres cañones que los ingleses habían desmontado al abandonar aquella. Ocupada la isla fue organizada como base de partida para el asalto a las playas de Panzacola.

El día 22 llegó la expedición de La Movila que ocupó la punta de Agüero. Y el 23 llegó la de Nueva Orleans, por mar, en un convoy de dieciséis embarcaciones. Ya estaban completos los efectivos de la fuerza terrestre para el ataque a Panzacola que ascendían a unos nueve mil hombres.

El día 24 pasaron a tierra firme las fuerzas acampadas en la isla de Santa Rosa a las órdenes del coronel del Aragón, quedando en dicha isla dos compañías para su defensa. Y el 26 avanzaron las tropas que ocupaban la punta de Agüero para ir ocupando sus posiciones en el dispositivo de cerco.

En la organización del asedio, Gálvez articuló sus fuerzas en cuatro brigadas y tres divisiones, denominaciones que no tienen nada que



Croquis nº 2.-La Habana.

ver con su significación actual, ya que realmente eran siete agrupaciones tácticas.

El Batallón II del Aragón se integró en la 3.^a brigada junto con los del España y el Guadalajara, mas dos compañías del Fijo de Luisiana y un escuadrón de dragones. Y en la 4.^a brigada, formada por personal de las dotaciones y guarniciones de los buques, mandada por el capitán de navío López de Carrizosa, iba la 3.^a compañía del referido batallón del Aragón, mandada por el capitán don Antonio Pinillos y constituida por un teniente habilitado, un guardiamarina agregado en funciones de subteniente, tres sargentos, cinco cabos, un tambor y cuarenta soldados.

La guarnición de Panzacola estaba constituida por unidades de los regimientos Waldeck, Royal Artillery, Pensilvania, Maryland Loyalist y West Florida Forrester, marineros, indios, negros y milicianos civiles, cuyos efectivos totales sumaban mil ochocientos hombres bien pertrechados y amparados en un buen sistema de fortificaciones constituidas por las murallas, fuerte de la Media Luna y sobre todo el fuerte Jorge, que dominaba todo el conjunto, completado por el fuerte de las Barrancas Coloradas que el día 23 ya estaba aislado. Tras la entrada del convoy en el puerto, el general Campbell, gobernador inglés de la Florida Occidental, ordenó que los dos regimientos que estaban en la plaza salieran y ocuparan posiciones en los reductos que la defendían.

El día 30 se trasladaron los campamentos acercándolos al fuerte Jorge. Tuvo lugar entonces un intenso fuego de fusilería sobre las guardias avanzadas españolas, seguido de una salida de varios piquetes de ingleses e indios, que estaban a punto de tener cercados a los españoles que acababan de establecer el campamento más cercano a dicho fuerte, cuando llegó Gálvez y ordenó un contraataque de las compañías de cazadores, con apoyo de fuego artillero, lo que obligó a los ingleses e indios a replegarse a la plaza cercada. Este fue el primer encuentro en tierra firme.

Con el paso del mes de marzo al de abril, coincidió el paso de la segunda a la tercera fase. Después de las intimaciones a la rendición, de acuerdo con los usos de la guerra y las negativas de los defensores, primero corteses y después amenazadoras, quedó establecido el asedio de Panzacola, que fue estrechándose durante todo el mes y primeros de mayo con acciones por el fuego y encuentros puntuales. A primeros de mayo la situación de la plaza era ya muy difícil y, el día 4 su guarnición intentó romper el cerco mediante un potente contraataque con el que consiguió abrir una brecha, que requirió una rápida y enérgica reacción a las órdenes de Gálvez.

Restablecida la situación se emprendió el ataque, orientando la acción principal contra el fuerte Jorge, punto fundamental de la defensa de la plaza, agotadas sus posibilidades, capituló el día 8. Al quedar privada la plaza de su principal defensa y agotados sus medios, el general Campbell capituló el día 9, y el 10 se realizó la entrega formal de la plaza y territorio dependiente de la misma. España había recuperado la Florida Occidental.

Tal resultado se consiguió con pequeñas pérdidas, pues el total de bajas españolas en el asedio y toma de Panzacola fue de setenta y cuatro muertos (menos del 1%) y ciento noventa y ocho heridos (poco más de un 2%). El regimiento Aragón sólo tuvo un muerto: su coronel, don Francisco Longoria, uno de los mandos destacados de la expedición, que es de suponer habría ascendido a brigadier de haber vivido hasta el final de la operación. Su muerte se produjo por una rápida enfermedad, en abril, cuando se estaba desarrollando el asedio. Los heridos del regimiento fueron quince, entre ellos el capitán don Miguel Arriola y el teniente don José Molina.

A don Francisco Longoria le sustituyó, como coronel del regimiento Aragón, el marqués de Castelao.

Ocupada la plaza, se desarrollaron las actividades normales de reorganización, reparaciones, abastecimiento, establecimiento de la nueva guarnición, etc., tareas que ocuparon los días hasta el 18, fecha señalada para la ceremonia de despedida después de un solemne Te Deum. Las fuerzas participantes en la conquista de Panzacola se dividirían en tres partes: la guarnición de la plaza, la escuadra de Solano con las unidades embarcadas, y las fuerzas de La Luisiana. Realizado brillantemente el acto de despedida el día 18, el 19, mientras Gálvez salía para Nueva Orleans, zarpaba para La Habana la escuadra de Solano a cuyo bordo iban los hombres del Aragón.

En el regimiento Aragón estaba destinado el capitán don Francisco de Miranda, que años después se haría famoso como *Precursor* de la independencia de Venezuela. Como anécdota, cabe reseñar que el general Gálvez recibió del gobernador de La Habana un escrito quejándose de la conducta de Miranda y de otro oficial, amigo suyo, y pidiendo un arresto para ambos, del que se libraron gracias a que el general Cagigal se ofreció como fiador de Miranda.

La escuadra de Solano y las unidades del ejército embarcadas fueron destinadas a una nueva operación importante en el Caribe: la conquista de Jamaica. Para ello, las Cortes española y francesa habían decidido unir sus respectivas escuadras que constituirían una potente fuerza naval de doscientos sesenta y cuatro buques, designando para

su mando al almirante francés De Grasse que se encontraba en Martinica. La escuadra española, a las órdenes de Solano, debía esperar a la francesa en Cap Français, al norte de Haití, donde, al llegar la última, tomaría el mando combinado De Grasse y, por el canal de los Vientos, la impresionante fuerza naval y terrestre combinada haría rumbo a Jamaica, donde se desembarcaría. La conquista de la isla se esperaba que sería rápida, pues no había en la misma, pese a su importancia, fuerzas suficientes para una resistencia prolongada.

A primeros de abril de 1782 estaba todo dispuesto para llevar a cabo el plan, que se creía secreto. Pero el espionaje funcionaba ya tanto como ahora. A la vez que el almirante De Grasse se disponía a ordenar la salida de la escuadra francesa, la poderosa escuadra del almirante inglés Rodney llegaba a la isla de Santa Lucía, desde donde estuvo vigilando a la francesa. Cuando el 9 de abril zarpó de Fort Royal la escuadra francesa, la de Rodney zarpó detrás y la de Hood, el almirante inglés que ya estaba antes en el Caribe, salía a su encuentro.

El día 12 tuvo lugar la batalla en que las corrientes y los vientos ayudaron mucho a los ingleses, que desde sus posiciones podían maniobrar mientras los franceses vieron muy dificultada su maniobra. El resultado fue que los ingleses apresaron siete buques, entre ellos el navío-almirante con De Grasse a bordo. Ello impidió la reunión de De Grasse con Solano, y la prometedor expedición a Jamaica no llegó a efectuarse por la cerrada oposición de Solano que se negó a participar en la expedición bajo otro mando combinado que no fuera De Grasse, que era el que figuraba en la orden que él había recibido.

El 4 de mayo de dicho año en un encuentro con la escuadra inglesa de Rodney, ésta apresó el navío *Jasón* a cuyo bordo iban dos compañías del Aragón, cuyos componentes fueron llevados prisioneros a Jamaica. De toda esta campaña, fue en esta estancia en Haití donde hubo más bajas por las enfermedades tropicales.

La paz de París que puso fin a esta guerra, se firmó en Versalles el 30 de septiembre de 1783. Pero desde enero se habían suspendido las hostilidades y se estaban negociando las condiciones del tratado. Ello fue comunicado al jefe de escuadra Solano, por el secretario de Marina, en escrito de fecha 1 de febrero, y, en consecuencia, la escuadra, con todas las unidades acampadas en el Guarico para la frustrada expedición a Jamaica, zarpó para La Habana el 6 de marzo. Con fecha 20 de febrero se había dado la orden de regreso de las fuerzas expedicionarias, lo que se efectuó una vez terminados los trabajos de reparación de los barcos en la maestranza de La Habana.

En cumplimiento de la citada orden, el regimiento Aragón regresó

a bordo de los buques de la expedición de Solano, que zarpó de La Habana el 1 de junio y arribó a Cádiz el 20 de julio de dicho año.

EPÍLOGO

En las guerras de la emancipación de la América española no llegó a participar el regimiento Aragón. A finales de 1814 la unidad, que se encontraba en León, recibe la R.O. de 2 de diciembre de dicho año, en cumplimiento de la cual marcha a Vigo a embarcar para Cádiz, donde posteriormente ha de reembarcar para Nueva España. Pero la falta de medios de transporte naval en Vigo hace imposible el embarque. Marcha a pie de Vigo a Sevilla, a donde llega y se acantona el 4 de abril de 1815. A finales de mayo pasa a San Fernando, donde queda encuadrado en el ejército de Ultramar. La reorganización de 1818 lo reduce de tres a dos batallones, continuando en San Fernando, donde a finales de 1819, está preparado para embarcar formando parte del Ejército Expedicionario de Ultramar que manda el conde de La Bisbal, pero, el 1 de enero de 1820 estalla la sublevación de Riego, en la que participa, la cual impide el embarque.

Si bien en Nueva Granada y Quito actuó un batallón de infantería con el nombre de Aragón, éste procedía del Regimiento de La Victoria y estuvo formado sobre todo por criollos neogranadinos. El batallón actuó heroicamente, pero sus hechos no podemos considerarlos como parte del historial del regimiento Aragón, con el que no tuvo ninguna relación.

El Aragón no volvió a América hasta 1895, cuando, con el número 21, estaba de guarnición en Barcelona al mando del coronel don Manuel Pierrá y Gil de Sola. En cumplimiento de la R.O. de 8 de junio de dicho año, el Primer Batallón fue destinado a Cuba como Batallón Expedicionario del Regimiento Aragón nº 21, articulado en seis compañías, con una fuerza de tres jefes, treinta y un oficiales y ochocientos ochenta y siete de tropa. Para completar esos efectivos, el Batallón I del Aragón tuvo que recibir contingentes de los demás regimientos de la IV Región Militar.

El citado batallón, así formado, embarca en Barcelona el 26 de junio en el vapor *Alfonso XII*, que, el 11 de julio llega a la bahía de Nipe. Aquí, el batallón transborda al vapor *México* que lo transporta a Jíbara, donde desembarca el día 12 siguiente.

En Cuba, por O.G. de 17 de agosto, se reorganiza en cinco compañías y la sexta como guerrilla montada.

Por O.G. de 1 de diciembre, se reorganiza el Ejército de Operaciones de Cuba, que queda articulado en: 1.^{er} Cuerpo de Ejército (Departamento Oriental), 2.^o Cuerpo de Ejército (Las Villas y Ciego de Avila), 1.^a Comandancia General (Camagüey) y 2.^a Comandancia General (provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río). El Batallón Expedicionario del Aragón constituyó con el del Bailén y el 3.^o de Infantería de Marina, la Media Brigada del coronel don Manuel Nario, integrada en la 2.^a Brigada de la 3.^a División.

Sus actividades fueron las propias de la lucha contra guerrilla en la zona de Holguín.

Por O.G. de 29 de julio de 1897 se le refunde con la 7.^a Compañía del Primer Batallón del Regimiento María Cristina nº 63. Por O.G. de 15 de septiembre de dicho año, son disueltas las compañías 7.^a y 8.^a, con cuya fuerza se cubren las bajas de las otras seis, quedando el batallón constituido por cuatro compañías a pie, la 5.^a como guerrilla montada y la 6.^a con convalecientes y débiles, menos aptos para las operaciones en campaña.

Hay que tener en cuenta que si bien el número de bajas en combate era muy pequeño, eran en cambio muy notables las producidas por enfermedades tropicales, que en general requerían una larga convalecencia.

Por O.G. de 4 de abril de 1898 se organizó la 7.^a Compañía de Tiradores, a la que quedó afecta la guerrilla; su plantilla era de un capitán, tres tenientes, cinco sargentos, diez cabos, cuatro cornetas, cuatro soldados de 1.^a y ciento veinticinco voluntarios. Y el 29 de septiembre de 1898 se incorporaron al batallón dos compañías del recientemente disuelto Batallón Vergara núm. 8.

Dispuesta la repatriación, el batallón embarcó en Jíbara el 11 de noviembre de 1898 en el vapor *Patricio de Satrústegui*, y desembarcó en Barcelona el 28 del mismo mes. Había terminado la historia americana del actual Regimiento de Infantería Mecanizada Aragón núm. 17.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

DOCUMENTACIÓN

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR:

- *Colección documental del conde de Clonard.*
- *Recopilación de Rey Jolly.*

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS:

- Sección Secretaría de Marina: *Expediciones a Indias.*
- Sección Secretaría de Guerra: *Hojas de servicios.*

BIBLIOGRAFÍA

- CLONARD, conde de: *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas.* Madrid, 1859.
- ALBI, Julio: *La defensa de las Indias.* Madrid, 1982.
- ALBI, Julio: *Banderas Olvidadas.* Madrid, 1987.
- ZAPATERO, J. Manuel: *La guerra del Caribe en el siglo XVIII.* San Juan de Puerto Rico, 1964.
- BOSCH, Juan: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro.* Madrid, 1970.
- BÉCKER, Jerónimo y RIVAS, José María: *El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII.* Madrid, 1921.
- PORRAS TROCONIS, Gabriel: *Cartagena hispánica, 1535-1810.* Bogotá, 1954.
- LUCENA SALMORAL, Manuel: *Los diarios anónimos sobre el ataque de Vernon a Cartagena de Indias.* Sevilla, 1973.
- MARCHENA, Juan: *La Institución Militar en Cartagena de Indias.* Sevilla, 1982.
- GUIERAS, Pedro José: *Historia de la isla de Cuba.* La Habana, 1928.
- BACHILLER Y MORALES, Antonio: *Cuba: Monografía histórica.* La Habana, 1962.
- ROIG DE LEUCHSENDRING, Emilio: *Historia de la conquista de La Habana por los ingleses.* La Habana, 1962.
- PEZUELA, Jacobo de la: «Como vio Jacobo de la Pezuela la toma de La Habana por los ingleses». (Cuatro capítulos de su *Historia de la isla de Cuba* y un resumen de su *Diccionario geográfico e histórico*). La Habana, 1962.
- REPARAZ, Carmen de: *Yo sólo (Gálvez).* Barcelona, 1986.
- GENERAL WEYLER: *Mi mando en Cuba.* Madrid, 1911.